

**El Boletín del Centro de espiritualidad de la Provincia
Argentina de la Compañía de Jesús**
Una primera reflexión sobre la teología de la religiosidad popular

por José Luis Narvaja S.I.*

Resumen:

Las páginas que siguen ofrecen una mirada sobre un momento de la historia de la Provincia Argentina de la Compañía entre los años 1968 y 1978. Hablaremos de la creación del Centro de Espiritualidad de la Provincia y de su *Boletín*, y de la función que ha tenido en este tiempo en el desarrollo espiritual y de la reflexión teológica y pastoral de los jesuitas de la Argentina.

Siguiendo las publicaciones del *Boletín* de Espiritualidad tendremos ocasión de encontrar temas que luego serán centrales en el pensamiento del Papa Francisco. Los veremos en los comienzos de un proceso, pero que tienen algunas características que permanecerán y que son un primer fundamento de su pensamiento teológico y pastoral.

Palabras clave: Papa Francisco, religiosidad popular, teología de la cultura

**The “Boletín” of the Center of Spirituality of the
Province of Argentina of the Society of Jesus**
An initial reflection on the theology of popular religiosity

Abstract:

During the years of Jorge Mario Bergoglio's formation, the Center of Spirituality of the Province of Argentina of the Society of Jesus was founded. Right from the beginning the “*Boletín de Espiritualidad*” was the means for spreading information for spiritual and theological reflection.

Father Miguel Ángel Fiorito was the central figure in this area as the director of the Center. He was also Tertian Master and Professor of the Faculties. His intellectual rigor and his balanced way of thinking meant that he was a guide for the activities of the Province during the difficult years that followed Vatican II and its reception in Latin America in Medellín.

In the pages that follow, we will offer an initial reflection on “popular religiosity”, which in a period of a little more than 10 years, will crystallize in the so-called “theology of culture.”

The characteristics of this reflection demonstrate the first theological and pastoral nucleus which we easily recognize in Pope Francis.

Keywords: Pope Francis, popular religiosity, theology of culture.

* Doctor en Teología y Ciencias Patristicas (Institutum Patristicum “Augustinianum”, Roma, 2002). Habilitado en la Philosophisch-Theologische Hochschule Sankt Georgen, Frankfurt (2017). Profesor invitado para la investigación en la Philosophisch-Theologische Hochschule Sankt Georgen, Frankfurt (desde 2009) y Profesor invitado en el Institutum Patristicum “Augustinianum”, Roma (desde 2014) en la Pontificia Universidad Gregoriana (desde 2011) y en el Pontificio Instituto Bíblico (desde 2017). jlnarvaja@gmail.com

Desde la elección de Francisco el 13 de marzo de 2013, entre las muchas preguntas que han surgido acerca de su persona y de su historia, encontramos la pregunta acerca de las raíces de su pensamiento en general y de su pensamiento teológico en particular.

Las páginas que siguen ofrecen una mirada sobre un momento de la historia de la Provincia Argentina de la Compañía entre los años 1968 y 1978. Hablaremos de la creación del Centro de Espiritualidad de la Provincia y de su *Boletín*, y de la función que ha tenido en este tiempo en el desarrollo espiritual y de la reflexión teológica y pastoral de los jesuitas de la Argentina.

Siguiendo las publicaciones del Boletín de Espiritualidad tendremos ocasión de encontrar temas que luego serán centrales en el pensamiento del Papa Francisco. Los veremos en los comienzos de un proceso, pero que tienen algunas características que permanecerán y que son un primer fundamento de su pensamiento teológico y pastoral.

Ante todo debemos tener en cuenta que muchos de los participantes de esta historia giraban en torno al Colegio Máximo, la casa de formación de la Provincia, donde, en estos años del Vaticano II y del comienzo de su recepción, concluyó su formación en la Compañía Jorge M. Bergoglio.

La historia de la recepción del Concilio Vaticano II en América Latina había creado pensamientos contrastados y una fuerte conciencia del continente. Los estudiantes y Padres del Colegio siguieron con interés el desarrollo conciliar y, luego, tomaron parte activa en su proceso de recepción, ya fuera en su vertiente teórica, ya en la práctica.

Un personaje tendrá mucho peso en este momento, el P. Miguel Ángel Fiorito, Profesor de metafísica y Decano de la Facultad de Filosofía, que se convirtió en referente indiscutido de sus estudiantes y de toda la Provincia por sus estudios de la espiritualidad de la Compañía de Jesús en general, de los Ejercicios de San Ignacio y del discernimiento espiritual en particular.

En este ambiente de formación, junto a los estudios formales, existía también un intercambio intelectual informal en el que se compartían las lecturas, las reflexiones personales, las preocupaciones pastorales y eclesiales.

En este ambiente surge el *Boletín de Espiritualidad*. No fue una publicación erudita, sino que se enmarca en este ambiente de estudio, reflexión e intercambio fraterno de lo leído y reflexionado.

1. Introducción: El Centro de Espiritualidad

El Centro de espiritualidad de la Provincia Argentina de la Compañía de Jesús fue creado en el año 1968 con un doble fin, a saber “fomentar una inquietud

dentro de la Provincia por todo lo referente a los problemas espirituales y coordinar los diversos esfuerzos que se hacen en este sentido”.¹

Cuando las comunidades de la Provincia fueron consultadas acerca de la iniciativa, todas expresaron el deseo de “una actualización de sus conocimientos en los problemas relacionados con su acción apostólica”, es decir de una ayuda para la formación permanente. Esto no significaba descuidar “el deseo de interiorizarse cada vez más con el carisma peculiar de nuestra Compañía”.²

Esta respuesta de la Provincia es coherente con el momento histórico en que se encontraba. Como fruto del Vaticano II, se percibía en toda la Iglesia un movimiento de renovación que daría lugar a proyectos que buscaban una mayor inserción en el mundo. El Concilio llamó a la Iglesia a salir de sus cuarteles, a abrirse al diálogo con ese mundo que era complejo y se iba haciendo más complejo; y al mismo tiempo resaltó la importancia, en la vida de la Iglesia, de volver a las fuentes, y para la vida religiosa una recuperación de los carismas de cada familia. Por eso, la preocupación primera de la Provincia era la acción apostólica.

El Centro de Espiritualidad fue saludado con alegría como instrumento que pudiera ayudar en esta labor. La intención de esta publicación era la de prestar ayuda a la Provincia en una orientación renovada que ayudara a poner en práctica concretamente la renovación propuesta por el Concilio como un regreso a las fuentes, pero también como una traducción a la vida espiritual y a la pastoral de esta renovación.

En la presentación del Centro y de su publicación, el *Boletín de Espiritualidad*, su director, el P. Justo González-Tarrio, explicaba que se consideró que la respuesta práctica a estas inquietudes era triple: ofrecer (1) “un servicio de información bibliográfica”; (2) “resúmenes de artículos aparecidos en revistas especializadas”; y (3) “la colaboración de aquellos que deseen ofrecer sus reflexiones personales sobre diversos aspectos de la Espiritualidad”.³ Es significativo señalar que esta triple propuesta consistía en poner en papel y hacerlo extensivo a toda la Provincia, lo que se hacía de forma oral en el ambiente del Colegio Máximo, compartir lecturas, discutir las y presentar las reflexiones propias, incluyendo en ellas lo leído y discutido.

En los 26 números que aparecieron mientras que el P. González-Tarrio fue director del *Boletín* vemos que se mantiene esta propuesta. De los 39 artículos publicados, 24 son de autores especializados de fuera de la Provincia; 13 son reflexiones de miembros de la Provincia, un artículo es una reelaboración de dos libros y aparece sin autoría y otro es, propiamente, una información bibliográfica organizada por capítulos.⁴

¹ Boletín de Espiritualidad 1 (1968), p. 1.

² Boletín de Espiritualidad 1 (1968), p. 1.

³ Boletín de Espiritualidad 1 (1968), p. 1.

⁴ Cf. Boletín de Espiritualidad 1 (1968). Los capítulos en que se divide el informe bibliográfico son: I. Problemas de la fe (p. 2-3); II. Vaticano II (p. 3-4); III. Ejercicios (p. 4-5); IV. Vida sacerdotal y religiosa (p. 5-6) y V. Espiritualidad conyugal (p. 6).

Cuando a fines de 1972 el P. González-Tarrío volvió a su Provincia, el P. Miguel Ángel Fiorito asumió la dirección del Centro y del *Boletín*. El 31 de julio de ese año el P. Jorge M. Bergoglio asumiría como Provincial.

Bajo la dirección del P. Fiorito, el *Boletín* conserva el formato y las propuestas que tenía bajo su antiguo director. En los años del Provincialato de Bergoglio (1973-1978), se publicaron 32 números *Boletín* (del 27 al 59), con 48 artículos, 22 de especialistas exteriores y 24 artículos de miembros de la Provincia y cuatro son textos de autores clásicos.

A pesar de la continuidad en la forma, el *Boletín* se fue volviendo más marcadamente orientador para la Provincia. Esto se debía al lugar que ocupaba el P. Fiorito en la formación y a la autoridad personal de que gozaba por lo que, de alguna manera, era considerado el Maestro espiritual de la Provincia.

De esta manera hemos señalado un contexto concreto. Históricamente nos encontramos en una época de renovación, que dicho de manera simple se entendió de dos maneras contrastadas: algunos entendían “renovación” como cambio, otros como rejuvenecimiento. En la tensión de estas dos visiones se encuentra la Iglesia Latinoamericana, no siempre con una clara orientación.

Pero también tenemos una “forma de ser” particular del ambiente en el que surge el *Boletín*. El estudio, la reflexión, el intercambio van madurando ideas que adquieren forma conceptual en los artículos, pero que son el fruto de la propia experiencia pastoral junto con las más variadas lecturas que se van asimilando de manera, quizás, asistemática y existencial. De muchas lecturas personales compartidas y asimiladas por el grupo no quedan referencias a pie de página. En la mayoría de los casos resulta difícil distinguir el origen de un concepto y la reelaboración hecha por el grupo.⁵

2. Reflexiones sobre la religiosidad popular

Podemos ver que durante el período de dirección del P. González-Tarrío se publicó una serie de artículos que presentaban reflexiones sobre el tema de la “liberación”, tema que desde Medellín había tomado un gran impulso y que se iba desarrollando con distintos matices. El trabajo del P. Fiorito significó de gran ayuda a la Provincia para echar luz sobre esta y otras tensiones.

⁵ Pueden considerarse los “cuatro principios” que expuso Bergoglio en su alocución de apertura de la Congregación Provincial XIV (18 de febrero de 1974), en Jorge M. Bergoglio, *Meditaciones para Religiosos*, San Miguel (Bs. As.) 1982, p. 42-50. Estos principios que aparecerán a menudo en la reflexión de Bergoglio y luego de Papa Francisco (cf. *Evangelii Gaudium* 217-237) tienen su origen, según testimonio del mismo Bergoglio, en la carta que Juan Manuel de Rosas envió a Facundo Quiroga desde la Hacienda de Figueroa el 20 de diciembre de 1834. Si leemos esta carta, difícilmente identificaremos los principios de los que habla Bergoglio. Entre la fuente y los principios media una reflexión del grupo de la cual no queda huella.

A partir de 1973 la reflexión adquiere una nueva perspectiva y se prefiere dar lugar a una teología de la piedad popular que, diez años más tarde tomará forma en una teología de la cultura.⁶

La reflexión sobre la piedad popular comenzó con un grupo de Tercera Probación dirigida por el P. Fiorito (en los veranos de 1974 y 1975). Los participantes eran los Padres Andrés Swinnen, Agustín López, Jorge Seibold, Ernesto López Rosas, Julio Merediz, Juan Carlos Constable y Alejandro Antunovich y el Hermano Salvador Mura.

A partir de la experiencia pastoral en las parroquias del interior del país y del conurbano bonaerense,⁷ el grupo de tercerones—siempre bajo la dirección de Fiorito—reflexionó durante un mes y dejó en un artículo los frutos de su reflexión.⁸

2.1. Los principios hermenéuticos

La reflexión se inspira en la alocución del Provincial (J. Bergoglio) en la apertura de la Congregación Provincial XIV.⁹ De ella citan algunas afirmaciones que les sirven de encuadre hermenéutico. Podemos organizarlos respondiendo a una serie de preguntas:

1. ¿Quién es el “pueblo fiel”? Pueblo fiel es “aquel con quien tenemos contacto en nuestra misión sacerdotal y en nuestro compromiso religioso. Evidentemente que el ‘pueblo’ es ya—entre nosotros—un término equívoco, debido a los supuestos ideológicos con que se siente o se pronuncia esa realidad del pueblo. Ahora sencillamente me refiero al pueblo fiel.”¹⁰

2. ¿Qué podemos aprender del pueblo fiel?

“Cuando estudiaba teología” y “revisaba el Denzinger y los tratados para probar las tesis, me admiró una formulación de la tradición cristiana: el pueblo fiel es infalible *in credendo*. De ahí en más saqué mi propia fórmula, que no será muy precisa, pero que me ayuda mucho: cuando quieras saber lo que cree la Iglesia Madre, andá al Magisterio (porque él es el encargado de enseñarlo infaliblemente); pero cuando quieras saber cómo cree la Iglesia, andá al pueblo fiel...”¹¹

3. ¿En qué medida podemos hablar de una hermenéutica del pueblo fiel?

⁶ Puede verse Jorge M. Bergoglio, “Discurso inaugural” al Congreso Internacional de Teología “Evangelización de la cultura e inculturación del Evangelio”, en *Stromata* 41 (1985), p. 161-165, especialmente p. 162.

⁷ “Fue una experiencia de Iglesia: al comunicarnos nuestras experiencias diversas y con diversas personas—unos hablaban de Jujuy, otros de Santiago del Estero, otros de La Rioja... y también del Gran Buenos Aires, donde viven tantos que han nacido en el interior” *Boletín de Espiritualidad* 31 (1975), p. 2.

⁸ “Reflexiones sobre la Religiosidad popular”, *Boletín de Espiritualidad* 31 (1975).

⁹ Hicimos mención a esta alocución en la nota 5. Cf. *Boletín de Espiritualidad* 31 (1975), p. 3.

¹⁰ *Boletín de Espiritualidad* 31 (1975), p. 3.

¹¹ *Boletín de Espiritualidad* 31 (1975), p. 3.

“Nuestro pueblo tiene un alma, y porque podemos hablar del alma de un pueblo, podemos hablar de una hermenéutica, de una manera de ver la realidad, de una conciencia...”

4. ¿En qué cree el pueblo fiel?

“Cree en la Resurrección y la Vida: bautiza a sus hijos y reza por los muertos...”

Se trata de una reflexión teológica sobre la “religiosidad popular”, que luego se desarrollará en otras manifestaciones y recibirá, como hemos dicho, el título más abarcador de “teología de la cultura”.¹² La importancia de estas precisiones están en que señalan que el pueblo es, en todos los casos, sujeto, ya sea del acto religioso, ya sea de la cultura.

De esa manera una teología de este tipo estudia las manifestaciones religiosas y culturales del pueblo, en los que el pueblo se expresa a sí mismo, es decir expresa la comprensión que tiene de sí mismo y del lugar que tiene en el mundo y en la historia. Es una expresión mítica, es decir expresión que surge de ese relato subyacente del propio origen y sentido.

Es evidente que este tipo de teología está lejos de ser una descripción abstracta válida para todos los pueblos del mundo, pues cada cultura es fruto del propio mito. Pero la misión de la Iglesia se hace real en las Iglesias particulares con sus tradiciones, con su historia y con su vocación que es, a la vez, universal y concreta.

2.2. El “cómo” de la fe del pueblo fiel

Estas señas hermenéuticas han determinado un marco concreto a la reflexión de los tercerones del P. Fiorito. Estar atentos a las manifestaciones de la religiosidad popular les permitirá descubrir el “cómo” de la fe del pueblo fiel de Dios que peregrina en Argentina. Esto es importante en el momento de evaluar el camino emprendido en relación con las otras propuestas desarrolladas por otras Iglesias latinoamericanas. La lectura y recepción del Vaticano y de Medellín también se encarnaron en las Iglesias particulares y lo hicieron o buscaron hacerlo según la autocomprensión mítica del propio lugar en el mundo.

¹² Dice Bergoglio en el “Discurso inaugural” ya citado que “las Culturas son el lugar donde la creación se hace autoconsciente en su grado más alto. Por ello llamamos cultura a lo mejor de los pueblos, a lo más bello de su arte, a lo más habilidoso de su técnica, a lo que permite a sus organizaciones políticas alcanzar el bien común, a su filosofía dar razón de su ser, a sus religiones ligarse con lo trascendente por medio del culto. Pero esta sabiduría del hombre que lo lleva a juzgar y ordenar su vida desde la contemplación, no se da ni en abstracto, ni individualmente, sino que es contemplación de lo que se ha trabajado con las manos, contemplación desde el corazón y la memoria de los pueblos, contemplación que se hace a través de la historia y en base a tiempo.” (p. 162).

Reflexionando acerca de la religiosidad popular¹³, se vieron en la necesidad de aclarar algunos conceptos. Los expresa el P. Fiorito en la presentación de la reflexión.

1) La unidad de la Iglesia. En primer lugar, hablar de “religiosidad popular” pareciera tomar en consideración sólo una parte de la Iglesia, dejando de lado una Iglesia culta. Esto se debe a que se entiende “culto” como erudita y no— como realmente es— como “creadora de cultura”. Desde esta perspectiva, dicen los tercerones: “La cultura es un modo de vivir y de morir de un pueblo: nosotros la abordamos desde el punto de vista religioso y eclesial.”¹⁴

Los tercerones señalan, luego, dos visiones negativas de “religiosidad popular”, porque consideran al pueblo o bien “ignorante” o bien “alienado”.¹⁵

El mismo problema surge al hacer una división simplificada entre Iglesia de los pobres “contra” una Iglesia de los ricos, y no— como realmente es— una sola Iglesia que está en contra del mal uso de la riqueza.¹⁶

2) Una visión realista del pueblo de Dios. Otra aclaración necesaria al principio de la reflexión tiende a evitar toda visión romántica del “pueblo de Dios”. La Iglesia, al igual que cada persona individualmente, son objeto de tentación. Las tentaciones tienden fundamentalmente a minar la unidad. No se puede negar románticamente esta posibilidad, y tampoco se puede aceptar ideológicamente la realidad de la división.¹⁷

3) El universal concreto. El hecho de que la reflexión se haga en la Iglesia local, con las características de la cultura propia, de la historia de la que es fruto y de la misión a cuyo cumplimiento tiende, no significa cerrarse a lo universal. Más bien, desde la concreción particular (de la Iglesia universal), se llega a esa universalidad (que se ha hecho concreta en el particular). Esta tensión entre lo universal y lo particular da, al mismo tiempo, cohesión al grupo.¹⁸

¹³ Dice el P. Fiorito en la presentación de la reflexión: “El tema de reflexión que el grupo providencialmente tomó fue el de la ‘religiosidad popular’ —que algunos llaman ‘fe popular’, para evitar el matiz genérico y a veces peyorativo que tiene el término ‘religiosidad’—; y a medida que recordábamos y nos comunicábamos nuestras experiencias ‘populares’, nos sentíamos ‘pueblo de Dios’ nosotros también.”, *Boletín de Espiritualidad* 31 (1975), p. 2.

¹⁴ *Boletín de Espiritualidad* 31 (1975), p. 5.

¹⁵ “[...] creemos que nuestra gente ni es ignorante (contra la concepción liberal) ni alienada (contra la concepción marxista)”, *Boletín de Espiritualidad* 31 (1975), p. 5.

¹⁶ Continúa diciendo el P. Fiorito: “No existe una ‘Iglesia de los pobres’ contra la de los ricos, sino contra el mal uso de la riqueza; ni una ‘Iglesia popular’ contra una ‘Iglesia culta’, porque también el pueblo tiene su cultura.”, *Boletín de Espiritualidad* 31 (1975), p. 2.

¹⁷ Concluye su presentación el P. Fiorito: “La Iglesia siente también sus ‘tentaciones divisivas’ o ‘espíritu de división’: negar el hecho sería ‘angelismo’, pero quedarse en él implicaría una falta muy grande de discreción.”, *Boletín de Espiritualidad* 31 (1975), p. 2.

¹⁸ Para cohesionarnos como grupo —frente interno—, tenemos que proyectarnos en una misión —frente externo—; y desde la nación, abrimos al continente y a la universalidad, descubriéndola en lo hondo de nuestra cultura popular”, *Boletín de Espiritualidad* 31 (1975), p. 4.

3. Las manifestaciones de la “piedad popular”

Dentro de este marco hermenéutico y con las aclaraciones del caso, la propuesta del grupo es la de “describir humildemente el ‘alma de nuestro pueblo’ y su religiosidad, en base a las siguientes categorías: pueblo fiel (infalibilidad *in credendo*), doctrina (por oposición a teoría o ideología), y cultura nacional.¹⁹

A esta descripción del alma del pueblo se aboca la segunda parte del artículo. Los tercerones reúnen expresiones, gestos y manifestaciones de la vida de fe en torno a tres unidades temáticas: el bautismo, los difuntos, y la eucaristía.

En una segunda publicación,²⁰ redactada por el P. Agustín López, se recoge material de la misma experiencia de los tercerones, esta vez acerca del orden sagrado (en concreto, acerca de la figura del sacerdote) y la penitencia.²¹

4. La fundamentación del P. Fiorito

En el mismo número de esta segunda parte de la reflexión, y como presentación del número del *Boletín*, el P. Fiorito ofrece una fundamentación y reflexión propia sobre la religiosidad popular.²² También aquí se trata de material que es fruto de ese mes de reflexión de los tercerones.

La pregunta de base es ¿qué significa ser cristianos hoy en América Latina y, más concretamente en Argentina? La respuesta se da en una tensión entre la vocación eterna del bautismo a vivir en la fe, la esperanza y la caridad, y la vocación histórica concreta: vivir aquí y ahora, en las circunstancias concretas, esa vida cristiana que es eterna.

El P. Fiorito desarrolla esta tensión siguiendo una doble línea, primero desde la espiritualidad, y luego desde la pastoral.

Esta vida se puede ubicar “en lo que en nuestro lenguaje cristiano moderno se llama espiritualidad, si con este vocablo entendemos la existencia cristiana [...] bajo la orientación concreta del Espíritu”.²³

El problema está en mantener esta tensión:

Damos así con el punto de conflicto y, a la vez, con el gozne del problema: la tarea de ser cristiano... acarrea la exigencia de unificar dos dimensiones...”, la de la fe y la de la situación histórico-cultural. “Pero la crucialidad del problema se pone de relieve si no separamos del ‘sujeto’, de nosotros mismos, ese

problema. Ya que se trata de dos dimensiones de su existencia, esto es, de tener que unificar su conciencia.²⁴

Una segunda tensión se da entre el individuo y la comunidad. Ser cristiano, por otra parte “no es un asunto individual”, sino que es comunitario y eclesial. Al pueblo de Dios, como sujeto colectivo, “se le presenta la tarea de unificar, en su conciencia colectiva, las dimensiones de su fe y de su inserción histórica.”²⁵

El Pueblo de Dios, “no puede ser imaginado como una masa inorgánica, o constituido por una dimensión puramente intimista (mística –diríamos, descalificando la palabra–), sino también realizada en forma orgánica y estructurada”.²⁶

Esto no significa desconocer el valor, indudablemente requerido y fundamental, de la conversión, la oración, la espontaneidad de los grupos y personas, y el carisma colectivo e individual. Solamente queremos decir que hasta que el carisma, colectivo o individual, no es institucionalmente organizado, no llega a poseer toda la fuerza que requiere, para ser determinante histórico.²⁷

Llama la atención acerca de la complejidad de las tensiones, añadiendo la realidad de que el Pueblo de Dios es la “Iglesia jerárquica”.

Esto complica indudablemente las cosas. A la tarea de tener que unificar, en la propia conciencia, la experiencia de fe con un compromiso... –histórico-cultural–, se añade la exigencia de hacerlo sin llegar a romper sustancialmente la unidad con otros, con quienes se constituye en Pueblo de Dios, y, como peculiar dificultad, se suma la exigencia, que en las actuales circunstancias llega con frecuencia al límite de su posibilidad, de unificar un compromiso... de nuestros pueblos con la lealtad a una institución cuyos responsables no siempre dan cauce a aquel compromiso...²⁸

Para la Compañía de Jesús este servicio a la Iglesia jerárquica tiene características muy propias que describe a continuación, concluyendo que:

No hay, a nuestro juicio, servicio a la Iglesia como Pueblo de Dios que no sea, a la vez, servicio a su Jerarquía; ni servicio a la Jerarquía que no sea, a la vez, servicio a todo el Pueblo de Dios. No decimos con esto nada fácil; y por eso, como dice la Fórmula del Instituto, debemos pensar, “mucho y por largo tiempo”, antes de tomar sobre nosotros este carisma dentro de la Iglesia jerárquica.²⁹

¹⁹ *Boletín de Espiritualidad* 31 (1975), p. 5.

²⁰ *Boletín de Espiritualidad* 35 (1975), p. 13-25.

²¹ *Boletín de Espiritualidad* 35 (1975), p. 1.

²² “Signos de los tiempos en pastoral y espiritualidad (Presentación de Reflexiones sobre la Religiosidad Popular)” en *Boletín de Espiritualidad* 35 (1975), p. 1-12.

²³ *Boletín de Espiritualidad* 35 (1975), p. 1.

²⁴ *Boletín de Espiritualidad* 35 (1975), p. 2.

²⁵ *Boletín de Espiritualidad* 35 (1975), p. 2.

²⁶ *Boletín de Espiritualidad* 35 (1975), p. 2.

²⁷ *Boletín de Espiritualidad* 35 (1975), p. 3.

²⁸ *Boletín de Espiritualidad* 35 (1975), p. 3.

²⁹ *Boletín de Espiritualidad* 35 (1975), p. 4.

Por tanto la actividad misionera “consiste en suscitar en otros una actitud de fe desde la cual se asuma, de un modo nuevo y específico la situación histórica”.³⁰ La conclusión es contundente y vale para toda la Iglesia:

De modo que plantearse el interrogante sobre qué significa ser cristiano en una determinada cultura y situación histórica, equivale a plantearse simultáneamente el problema de la misión de la Iglesia en su punto decisivo, a saber, en su finalidad y objetivos.³¹

Pasando a considerar el problema desde una perspectiva pastoral, el contenido espiritual determina una línea de acción misionera. En la base de la acción pastoral está la tarea de la “lectura de los signos de los tiempos”. Partiendo de la *Gaudium et Spes* (GS 3-4 y 11), señala el P. Fiorito tres notas de la lectura de esos signos: (1.) son acontecimientos (o exigencias o deseos) en los que la Iglesia participa como institución; (2.) podemos considerar la significación o sentido salvífico de esos “acontecimientos, exigencias y deseos” en “los planes de Dios”; (3.) recuerda que se habla de los “acontecimientos” como “lugar teológico”, o sea, como punto de partida de una reflexión teológica propiamente dicha, universalizante, centrada en los “misterios de Dios”, etc.³²

De estas tres notas surge para Fiorito una pregunta: ¿hasta qué punto es teología esta “lectura de los signos de los tiempos que desemboque meramente en el descubrimiento de un plan de Dios”?

Lo que se requiere para hacer una lectura de los signos de los tiempos como signos de los planes de Dios es, precedentemente, una disposición interior espiritual (preparar el alma y discernir)³³; y, consecuentemente, una confirmación eclesial³⁴.

Este doble camino de la espiritualidad y de la pastoral desembocan en la atención a un signo de los tiempos: la religiosidad popular.

5. El camino de la fe: “La fe de nuestros mayores”

En las experiencias compartidas entre los tercerones del P. Fiorito había “un fondo común”, la referencia constante a “la fe de nuestros mayores, la de nuestros padres, la de nuestros antepasados”.³⁵

Fiorito da razón de este fondo común histórico en su fundamentación teórica de la reflexión, donde presenta una síntesis histórica y de la fe de la nación.

³⁰ *Boletín de Espiritualidad* 35 (1975), p. 5.

³¹ *Boletín de Espiritualidad* 35 (1975), p. 5.

³² *Boletín de Espiritualidad* 35 (1975), p. 6.

³³ *Boletín de Espiritualidad* 35 (1975), p. 6-7.

³⁴ *Boletín de Espiritualidad* 35 (1975), p. 1.

³⁵ *Boletín de Espiritualidad* 31 (1975), p. 2.

Nuestra tierra absorbió, en su historia de casi cuatro siglos, dos grandes impactos: el de los conquistadores, que dio lugar al mestizaje; y el de los inmigrantes, que dio lugar a buena parte de los argentinos de hoy. En uno y otro caso, la fe actuó como aglutinante y esto no lo puede olvidar ningún proyecto nacional. La fe es algo que, por su esencia —o mejor, por su misma existencia en el corazón del hombre— actúa como unificante.³⁶

La cultura nacional está impregnada de esta historia de fe. Hay una estrecha relación entre la forma de vivir la fe, acuñada por el trabajo de misioneros, hombres y mujeres de Dios,³⁷ y la forma de llevar adelante la existencia.

El P. Fiorito describe esta forma de cultura del pueblo fiel argentino que vive su fe comunitariamente y su vida toda adquiere el carácter festivo del creyente.³⁸ Es una fe que se expresa en gestos sencillos, transmitidos de padres a hijos.

Esta fe está unida a la cultura que se llama “popular”, pero que no por eso deja de ser cultura. [...] Está hecha de costumbres y tradiciones y siente la vida y la muerte, y sabe de la lucha por la vida mediante el trabajo sobre la naturaleza (las cosas), con los otros hombres (en sociedad), y en busca del misterio de su destino (Dios y el más allá, que ya es pero todavía no). Esta cultura es una “sabiduría” —en el sentido etimológico, de que tiene “sabor” de las cosas—, que sabe lo positivo y lo negativo de la realidad y que conoce [...] qué es amar, y que intuye cuál debe ser su comportamiento moral.³⁹

6. Conclusión

Como nos habíamos propuesto al inicio de estas páginas, hemos recorrido poco más de diez años de historia de la Provincia Argentina de la Compañía de Jesús. Lo hemos hecho desde la perspectiva de una publicación que marcó la orientación y el destino de la Provincia.

³⁶ *Boletín de Espiritualidad* 35 (1975), p. 9.

³⁷ Una serie de artículos de M. A. Fiorito y J. L. Lazzarini publicados en el *Boletín de Espiritualidad* 34 (1975); “Originalidad de nuestra organización popular (Selección de la Carta – Relación del P. J. Cardiel)”, en *Boletín de Espiritualidad* 37 (1975); “El credo de nuestra fe”, en *Boletín de Espiritualidad* 39 (1975); “El P. Pedro Lozano y los primeros pasos de la Compañía de Jesús en el territorio argentino”, en *Boletín de Espiritualidad* 48 (1976).

³⁸ “La fe no se vive solo, sino como pueblo, y tiene algo de fiesta: el pueblo es, por su esencia, “festivo”, incluso cuando llora a sus muertos, pero sobre todo cuando se casa por la Iglesia o bautiza a sus hijos, y también cuando pide perdón a Dios.” *Boletín de Espiritualidad* 35 (1975), p. 10.

³⁹ *Boletín de Espiritualidad* 35 (1975), p. 10.

Hemos querido resaltar, no de manera ficticia, la figura del P. Miguel Ángel Fiorito. Ha sido su trabajo el que hizo posible una reflexión y una acción pastoral equilibrada en un momento de gran tensión a nivel político, eclesial e institucional.

Si pretendemos conocer un ambiente y un pensamiento que nos permita ver germinar la teología del Papa Francisco, es éste, el que se reunió en torno al Maestro Fiorito. Lo hemos hecho de manera somera en torno a la religiosidad popular. Pero esto basta para valorar su profundidad y riqueza, al mismo tiempo que su equilibrio.

Artículo recibido en mayo de 2017. Aprobado por el Consejo Editor en julio de 2017.

Violencia ética y violencia teológico-política

por Diego Fonti*

Resumen

La religión no ha desaparecido con el avance de la visión científica del mundo, sino que se manifiesta con fuerza renovada, visible sobre todo en acontecimientos violentos. ¿Cómo comprender el vínculo de violencia religiosa y expresiones teológico-políticas? Desde Emmanuel Levinas se abordarán las relaciones entre ética y violencia, constitutivas de la relación con el Otro, como estructura fundamental para comprender un tipo específico de violencia ética que corresponde con un modo determinado de violencia teológico-política. Se argumentará que este vínculo tiene una vitalidad y un poder de creatividad valiosos para cuestionar los formalismos y emotivismos éticos y la legitimación política procedimental.

Palabras Clave: Ética, Teología Política, Violencia, Alteridad

Ethical Violence and Theological-Political Violence

Abstract

Religion has not disappeared with the advance of the scientific understanding of the world, but it is visible with renewed strength, especially in violent events. How are we to understand the connection of religious violence and theological-political expressions? Beginning with Emmanuel Levinas' thought, I will research the relationship between a specific understanding of ethics and the structural kind of violence in the relationship to the Other, in order to show that there is an ethical violence that structurally corresponds with a particular theological-political violence. I will argue that this kind of violence has a creative power and vitality, valuable for questioning formalist and emotivist ethics and procedural models of political legitimation.

Keywords: Ethics, Political Theology, Violence, Alterity.

* Licenciado en Filosofía (Universidad Nacional de Córdoba), Doctor en Filosofía (Albert-Ludwigs Universität Freiburg), Profesor titular de Ética (Universidad Católica de Córdoba), Investigador de CONICET, Director del proyecto "Interculturalidad y Derechos Humanos en América Latina" (Universidad Católica de Córdoba). diegofonti@gmail.com